

II

Su historia...

La historia vulgar de las muchachas pobres que nacen en el campo y en el campo se crían al aire libre, entre brisas y flores; ignorantes, castas y fuertes; al cuidado de la tierra, nuestra eterna madre cariñosa; con amistades aladas, de pájaros libres de verdad, y con ilusiones tan puras, dentro de sus duros pechos de zagalas, como las violetas que escondidas crecen á orillas del río que meció su cuna blandamente, amorosamente, y después se ha deslizado, á espaldas de la rústica casuca paterna, embravecido todos los otoños, revuelto, espumante; pensativo y azul todas las primaveras, preocupado de llevar en su seno los secretos de las fábricas que nutre, de los molinos que mueve, de los prados que fecundiza, y no poder revelarlos sino tener que seguir con ellos á donde él va y muere, lejos, allá... ¡dicen que al mar!

Santa quiso espantar sus recuerdos ahuyentándolos con las manos extendidas, como en sus buenos tiempos de chica honrada espantaba las trabajadoras inquilinas de la colmena ó las voluptuosas y coquetas del palomar. Pero sus recuerdos no partían, al contrario, y evocados por

el borracho ése que impúdicamente roncaba, amotináronse al rededor de Santa, le entraban y salían á modo de maravillosos obreros que anhelasen terminar la reconstrucción del templo de su infancia y del alcázar de su adolescencia,—que yacían en desolada ruina,—no logrando otra cosa que anudársele en la garganta, humedecerle los ojos y lastimarle el corazón, más virginal aún que su cuerpo soberbio de prostituta joven.

Y así fué cómo, de improviso, el abyecto cuarto en tinieblas, se inundó de la luz de sus recuerdos.

Escondida entre lo que en el pueblo se entiende por "callejones",—unas estrechas callejas sin empedrar, con espeso follaje de malvones, alelíes y enredaderas á entrambos lados; con altas tapias lisas de ladrillo y argamasa ó de caducos adobes que se desmoronan,—una casita blanca, de reja de madera sin labrar que cede al menor impulso y hace de puerta de entrada; su patio, con el firmamento por techo, y por adorno, hasta seis naranjos desgajándose al peso de sus frutos de oro ó cubiertos de azahares que van y lo perfuman todo desmayadamente; un pozo profundísimo, con misteriosas sonoridades de subterráneo de hadas, con un agua de cristal para la vista y de hielo para el gusto, un brocal antiguo, de piedra, con huecos aquí y allá en los que han ido á instalarse muchas margaritas que se obstinan en crecer y multiplicarse, y una polea que gime y se queja cada vez que su cántaro se asoma á las profundidades aquellas. De frente á la cocina, un colmenar repartido en cuatro cajones, y arriba, más acá de la chime-

nea enana, ancha y humeante, el domicilio oficial de las palomas, quienes, sin embargo, prefieren las ramas, los boscajes vecinos y la derruida torre de la capilla de San Antonio que les queda cerca. Al fondo, un marrano que engorda tumbado en el lodo y atado de una pata; gallinas con polluelos, escarbando el piso y de tiempo en tiempo mirando al cielo con un solo ojo, la cabecita muy inclinada; y á la espesa sombra de los naranjos, el "Coyote", un mastin berrendo en amarillo y café, que duerme tranquilo. En el corredor, á mano izquierda de la entrada, diversos asientos campestres, un clarín, un zentzontle y un jilguero que en sus jaulas se desgañitan á armonías y arpegios desde que Dios amanece; empotradas en el muro, unas astas de toro sirviendo de percha á las cabezadas, freno y montura del único caballo que posee la finca y que sale á *pastear* con las vacas y los terneros de don Samuel, el de la tienda; y amarrados á la primera y á la última de las columnas, respectivamente, los dos gallos de pelea, el uno *jiro* y azabache el otro, retándose con cantos y aleteos, afilando los picos contra el suelo y en él derramando, de torpe espolazo, su ración de agua, contenida en mohosa y agujereada lata de sardinas.

Adentro, las habitaciones, muy pocas, sólo cuatro. Primero, la sala, que es á la vez comedor, á juzgar por la cuadrada mesa del centro y por el tinajero que cuelga de uno de los encajados testeros de la estancia, colmado de platos, fuentes, pozuelos y vasos de vidrio y loza ordinarios. Arrimadas á las paredes, sillas de tule;

en un ángulo, una rinconera de caoba, algo comida de polilla, que, juntamente con un caracol, una alcancía de barro en forma de manzana y un par de floreros con ramos de trapo, aguanta el tesoro de la familia, un Santo Niño en escultura no de lo peor, sentado en asiento que no alcanza á divisarse, en actitud de bendecir con su diestra levantada, vestido de raso con lentejuelas y flecos, y prisionero dentro de amplio nicho de cristales unidos con plomo. En el piso, esteras de diversos tamaños, y al lado de la ventana, pendiente de grueso clavo, descansa la guitarra encordada y limpia.

Luego, el dormitorio de la madre y de la hija, que duermen en la misma cama sin resortes ni cabeceras, pero aseadisima y espaciosa, defendida, en alto, por una litografía de la Virgen de la Soledad fijada en el muro con cuatro tachuelas, y por un cromo de la Virgen de Guadalupe, con marco que fué dorado; también figura una palma amarillenta que se renueva á cada domingo de Ramos y que por cristiana virtud sirve para impedir la caída de los rayos sobre la humilde heredad. Durante el día, la cama es propiedad de un gato que se pasa las horas en ella, hecho un ovillo.

Después, el cuarto de los dos hermanos hombres,—los que proporcionan el dinero, Esteban y Fabián,—con dos catres de tijera, un arcón para guardar semillas, dos baúles grandes y forrados en piel de res mal curtida, una percha ocupada siempre, y en las paredes, con cierto esmero pegadas, una infinidad de pequeñas estampas de celebridades: bailarinas, cirqueras,

bellezas de profesión, toda la galeria de retratos con que obsequia á sus compradores la fábrica de cigarrillos de "La Mascota". En un rincón, la escopeta, de cuyo doble cañón penden el polvorín y una bolsa con los perdigones gruesos que tanto pueden utilizarse para cazar en el monte como para defender la casita y hacer la ronda del pueblo en las noches señaladas al grupo á que los muchachos pertenecen.

A lo último, la cocina, de brasero en el interior y anafe cerca de la puerta, entre los dos metates en que la hija ó la madre, indistintamente, muelen el maíz.

Por todas partes aire puro, fragancias de las rosas que asoman por encima de las tapias, rumor de árboles y del agua que se despeña en las dos presas. En el día, zumban de insectos, al sol; en la noche, luciérnagas que el amor enciende y que se persiguen y apagan cuando se encuentran. Detrás de la casita, una magueyera inmensa, de un verde monótono y sin matices; á los dos lados, huertas y jardines; al frente, la propiedad del padre Guerra, su párroco de ellos; á unos cuantos pasos, la capilla, pequeña, pobre, pero con santos que escuchan á los labradores y les alivian sus cuitas y les otorgan mercedes. Más allá, el cementerio, abierto y silencioso, sin mármoles ni inscripciones, pero brindando un cómodo asilo para el eterno sueño, con sus heliotropos y claveles que al echarse encima de los sepulcros, tapan codiciosamente los nombres de los desaparecidos y las fechas de su desaparecimiento. En las fronteras de la plazoleta, sombreada por añosos fresnos, la ri-

bera del río: el puente, de un solo tronco de árbol labrado á hacha; los lavaderos, tres losas en bruto; y á los pies de las dos pozas de la presa grande, el camino de pedrúscos enormes, inmovibles, bañados por las espumas de las ondas, que conduce al Pedregal.

En ese cuadro, Santa de niña, y de joven más tarde; dueña de la blanca casita; hija mimada de la anciana Agustina, á cuyo calor duerme noche á noche; ídolo de sus hermanos Esteban y Fabián, que la celan y vigilan; gala del pueblo; ambición de mozos y envidia de mozas; sana, feliz, pura... ¡cuánta inocencia en su espíritu, cuánta belleza en su cuerpo núbil y cuántas ansias secretas conforme se las descubre!... ¿Por qué se le endurecerán las carnes, sin perder su suavidad sedeña?... ¿Por qué se habrán ensanchado sus caderas?... ¿Por qué sus senos, mucho más marcados que cuando niña ¡oh! pero mucho más,—y no hace tanto tiempo que lo era,—lucen ahora dos botones de rosa y tiemblan y le duelen al curioso palpar de sus propios dedos?... ¿Por qué el padre, en el confesonario, no la deja contarle estas minucias y la aconseja no mirarlas?

—“¿Acaso te fijas en cómo crecen las flores? ¿Acaso las palpas para cerciorarte de que hoy están más lozanas que ayer y mañana más que hoy?... Pues haz como ellas, crece y hermoséate sin advertirlo, perfuma sin saberlo, y á fin de no perder tu hermosura y tu pureza de virgen, reza y ven á confiarme lo que te ocurra, adora en tu madre, cuida de tus hermanos y vive, respira fuerte, ríe á tus solas, ahorra lágrimas y enamó-

rate del Angel de tu guarda, único varón que no te dará un desengaño."

Y en los albores de su juventud, Santa vivió en una deliciosa prolongación de infancia, sin cuidados ni penas,—salvo el fallecimiento de una gallina, y cuando con las heladas del invierno una mata de claveles rojos que por sí misma atendía y regaba, amaneció marchita una mañana, roto el tallo, desperdigados los pétalos, simulando extrañas gotas de sangre, lenta hemorragia que hubiese acabado con la planta. Fuera de estas cuitas y otras por el estilo, una existencia sin nubes, un desarrollo suave, un embellecimiento progresivo; adorando en su madre, cuidando de sus hermanos, respirando fuerte y riendo no tan á solas, nó, que presumo, de envidia más de una vez le hicieron coro su clarín, su zentzontle y su jilguero, los naranjos de su patio, las ondas del río, los ramajes de los árboles, y ¡vaya! hasta la campana de la capilla, que si Santa reía, reía ella, sí, los domingos, al llamar á la poética misa de las seis y media... la misa que bajaban á oír con idéntica devoción que los moradores del pueblecito, las familias ricas, de temporada en San Angel, el presidente de su ayuntamiento, su receptor de rentas y el propietario de la farmacia del Carmen, que encendía en las noches, por quién sabe qué artes, unas botellas muy grandes que despedían vivísimamente luces moradas, rojas, amarillas...

¡Qué lindo despertar el de los días de trabajo, antes que el sol que es sol y madrugador! De súbito, el mutismo imponente de la noche, que arrulla á su modo, interrumpe con el canto de

un gallo al que van contestando otros y otros, remotos, en rumbos que no pueden precisarse. Santa medio abre los ojos que sólo alcanzan á descubrir á su madre que le queda junto y á quien se acerca, medrosa, en demanda de más arrimo. Entre sueños siente que la acarician, que se aumenta el vaho de las sábanas:

—“Duérmete, hija,—le dicen en voz baja,—duerme, que todavía está obscuro!...”

El sueño completo tarda en volver á ella, pero no ve ni oye á las derechas, todo es confuso, vago, impalpable, excepto un gran bienestar físico que la embarga, la embarga é inmoviliza. Percibe que encima, en el techo, las palomas arrastran la cola abanicada y currucquean; que en el patio gruñe el cerdo y que en la pieza inmediata, Esteban y Fabián han abandonado la cama y echan agua en el barreño, tosen, raspan cerillos para calentar el desayuno y encender su cigarro... El sueño vence á Santa un poquito más, pierde la noción del tiempo que transcurre de rumor á rumor; lo último que distingue con esfuerzo, es la entrada de sus hermanos, de puntillas para no despertarla á ella, que les sonríe en su semisueño, por su delicadeza. Van á despedirse, á recibir la diaria bendición que ha de defenderlos y de darles fuerza á continuar su ruda lucha de desheredados, de obreros en una fábrica de tejidos, la de Contreras, á bastante más de una legua de su casa. Y se inclinan, se prosternan casi, para que Agustina no se incorpore ni desabrigue; y así, prosternados, descubiertos, en acatamiento de inveterada costumbre, murmuran reverentes:

—“La mano, madre!...”

La madre, á tientas, los persigna, los atrae al regazo en que se formaron, contra él los estrecha confundiendo las dos cabezas que ama por igual, y los hombrones aquellos besan quedamente la vieja mano que dibuja, en el aire, la señal de la Cruz; se marchan de puntillas otra vez; el “Coyote”, en el patio, las ladra de júbilo; cierran ellos la reja exterior, y en el silencio que cobija al pueblo dormido, sus pasos, sonoros al salir, apáganse muy poco á poco, con ritmo de péndulo distante. La madre suspira, alza la voz como para que mejor la oiga Quien lo puede todo:

—“¡Cuidámelos, Dios mío, cuidámelos, que son mis hijos!...”

Por las hendiduras de puertas y ventanas entra una raya de luz pálida, de aurora; los ruidos aumentan; del arcaico convento del Carmen arranca el toque del alba y se esparce por los caminos, las quintas, las sementeras y los huertos; levántase Agustina, y Santa, reconquistada totalmente por el sueño, bien arrebujada por su madre, duerme una hora más y sueña que es buena la vida y que la dicha existe.

Como le sobran contento y tranquilidad y salud, se levanta cantando, muy de mañana, y limpia las jaulas de sus pájaros; en persona saca del pozo un cántaro del agua fresquísima, y con ella y un jabón se lava la cara, el cuello, los brazos y las manos; agua y jabón la acarician, resbalanle lentamente, acaban de alegrarla. Y su sangre joven corretea por sus venas, le tiñe las mejillas, se le acumula en los labios color de granada, cual si quisiera, golosamente, darle los bue-

nos días besándose los mucho. Ya está enjugada y bien dispuesta; ya dió de almorzar á gallinas y palomas, que la rodean y siguen con mansedumbre de vasallos voluntarios; ya el cerdo ha hundido la trompa, gruñendo de satisfacción, en el montículo de maíz que ella le llevó en el delantal; ya el “Coyote” la saludó con cabriolas y locos ladridos; ya el chico de don Samuel, el de la tienda, llegó en pos del penco de Esteban y Fabián, para que *pasteo* con los terneros y vacas de su amo, mohinas ellas, recién ordeñadas, los recentales hambreados, inquietos, mugiendo iracundos; vacas y recentales en despaciosa procesión, asomando los testuces por encima de las bardas de flores, trepando á las magueyeras, hasta colándose de rondón en el siempre abierto y apacible cementerio, cuyas tumbas cuajadas de yerbas ofrécenles sabroso desayuno.

—Santa!... Echame *pacá* el retinto, que me voy!—ha gritado el chico desde afuera, sin mirar hacia la casa ni hacia el rebaño, que continúa pausadamente su marcha holgazana, afanadísimo por desanudar con uñas y dientes los cordones de su honda.

Con afectuosas palmaditas en el anca, arrea la muchacha el retinto, en pelo y sin freno, lo recomienda al rapaz:

—Cuidado, Cosme! no lo asolees ni lo galopes... ¿Quieres leche?

—Dámela y verás si quiero... ¿No tienes miel de tus abejas?... porque con pan, aunque esté duro, sabe á gloria,—dice Cosme, mientras le pone al caballo una jáquima de su invención, con una cuerda corta que se desprende de la cintura.

Santa regresa á la vivienda y vuelve á la reja con un vaso de leche en la una mano y en la otra un pan untado de miel y chorreando hilos transparentes que nunca llegan á caer del todo. Apura Cosme la leche, de un sorbo, y limpiándose la boca con la lengua, tírase, casi con igual fuerza, sobre el pan enmielado y sobre el lomo del cuaco, á quien arrima los desnudos talones. El retinto, á pesar de sus calendarios, responde con un bote y arranca á correr; el chico, en tanto, muerde el pan, y en prodigioso equilibrio, vuelve medio cuerpo:

—No te enojés, Santita, no te enojés; sólo lo corro porque ya las vacas se me adelantaron, pero en alcanzándolas...

Nada más se oye, han doblado el recodo; el caballo, á galope tendido, y Cosme muy inclinado, como los jinetes de los circos cuando giran en la pista.

Aun no son las siete y sin embargo, el sol, de bruces en la cresta de la sierra, curioseá por las casas, dora las copas de los árboles y alarga las sombras de cuanto alcanza con sus rayos, por modo exagerado; hay rosal que simula una planta inclasificada, anterior al Arca, perro ordinario que semeja rezagado iguanodonte y tronco de árbol que aparenta leguas y leguas de largo. Con las irisaciones que emanan del río, con el aroma que las flores despiden y la fragancia que respira la naturaleza toda,—sin contar gorjeo de aves, rumor de ramas y murmurio de ondas,—hay algo impalpable que flota y asciende cual oración sin palabras, que la tierra, la eterna herida, pensara y elevara á cada despertar; honda

acción de gracias mudas por haber escapado, una noche más, al cataclismo con que vive amenazada y que traídoramente ha de venir á mutilarla y aniquilarle su sagrada fecundidad infinita de madre amantísima... Santa, impresionada, levanta los ojos al cielo, dilata la nariz y quédase extasiada, incorporada sin percatarse de ello, á la honda acción de gracias mudas, á la plegaria sin palabras de la Tierra.

Durante el día, la ruda labor doméstica ora en la casa, ayudando á la anciana Agustina, ora junto al río, lavando, ora yendo á compras á la tienda de don Samuel, en la que "había de todo". A la tarde, reúnese en la plazoleta á mozas de sus años y con ellas juega y retoza, dueñas del local, sin masculinos á esa hora, que se burlen de sus juegos; pues no pueden pasar por tales los muchachos que salen de la doctrina del padre Guerra, ni el propio padre Guerra que al separarse de sus alumnos y sorprenderlas á ellas, por lo común las reñía:

—Ya se me están ustedes largando de aquí y metiéndose en sus casas, marimachos!

Y batiendo palmas deshacía el grupo, ni más ni menos que si ahuyentara gallinas.

Otras veces, y previo permiso de Agustina, Santa ibase sola hasta las entradas del Pedregal, sitio maravilloso y único en la república.

Inexplorado todavía en más de lo que se supone su mitad, volcánico todo, inmenso, salpicado de grupos de arbustos, de monolitos colosales, de piedras en declive tan lisas, que ni las cabras se detienen en ellas, posee arroyos clarísimos, de ignorados orígenes, que serpean y se